

HISTORIA  incógnita

# ENIGMAS Y MISTERIOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Desapariciones muertes y sucesos aún sin explicación  
del mayor conflicto bélico de la historia

Jesús Hernández



# Enigmas y misterios de la II Guerra Mundial

JESÚS HERNÁNDEZ



 nowtilus

**Colección:** Historia Incógnita  
www.nowtilus.com

**Título:** *Enigmas y misterios de la II Segunda Guerra Mundial*  
**Autor:** Jesús Hernández

© 2005 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027-Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Responsable editorial:** Teresa Escarpenter

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró  
**Diseño y realización de interiores:** Grupo ROS  
**Producción:** Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN:** 84-9763-307-5  
**EAN:** 978-849763307-9  
**Fecha:** Febrero 2006

Printed in Spain  
**Imprime:** Imprenta Fareso  
**Depósito Legal:** M. -2005



*A nuestro hijo Marcel*



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
CAPÍTULO 1. SUCESOS INEXPLICADOS .....	11
La invasión que nunca ocurrió .....	12
Un aeródromo maldito .....	20
La Batalla de Los Ángeles .....	23
La fantasmagórica Batalla de los <i>Pips</i> .....	31
<i>Milagro</i> en Milán .....	35
Propuestas de armisticio en Normandía .....	39
Jameson, el marinero desconocido .....	46
CAPÍTULO 2. ESPÍAS ENIGMÁTICOS .....	51
<i>La Gata</i> , una atractiva agente doble .....	52
<i>Cicerón</i> , espía al mejor postor .....	60
Sorge, el salvador de Moscú .....	69
Jane Horney, la audaz pelirroja .....	79
CAPÍTULO 3. EXTRAÑAS DESAPARICIONES .....	85
El <i>Lady Be Good</i> , náugrafo en el desierto .....	86
Glenn Miller, la desaparición de un mito .....	93
El último vuelo de Saint-Exupery .....	101
Wallenberg, el «héroe sin armas ni tumba» .....	107
Los soldados perdidos de Hersbruck .....	114
El tesoro de Yamashita .....	119

CAPÍTULO 4. BARCOS MALDITOS .....	133
Al rescate del <i>Graf Spee</i> .....	134
<i>Graf Zeppelin</i> , el portaaviones fantasma .....	142
La extraña historia del <i>Tirpitz</i> .....	147
La innecesaria tragedia del <i>Cap Arcona</i> .....	155
¿Quién hundió el submarino USS <i>Tang</i> ? .....	161
El terrible destino del USS <i>Indianapolis</i> .....	165
El submarino que pudo cambiar la Historia .....	170
 CAPÍTULO 5. MUERTES MISTERIOSAS .....	 177
La enigmática muerte de Leslie Howard .....	178
Sikorski, ¿accidente o sabotaje? .....	184
La misión secreta de Joe Kennedy .....	197
El misterioso final de Bormann .....	205
La última burla de Goering .....	216
¿Qué ocurrió con el cadáver de Hitler? .....	224
 CAPÍTULO 6. MITOS E HISTORIAS FANTÁSTICAS .....	 241
<i>Foo Fighters</i> , las luces voladoras .....	242
La bomba atómica nazi .....	249
La Lanza del Destino .....	262
El mito del Experimento Filadelfia .....	276
Extraños sucesos en las Bermudas .....	284
Los supuestos hijos de Hitler .....	288
 EPÍLOGO .....	 303
BIBLIOGRAFÍA .....	305

## INTRODUCCIÓN

La Segunda Guerra Mundial constituyó el acontecimiento histórico central del siglo XX y seguimos viviendo sus consecuencias en la actualidad. Pero, pese a todo lo que se ha escrito sobre este conflicto, continúan existiendo episodios que presentan numerosos interrogantes.

Desapariciones, muertes misteriosas, personajes enigmáticos... la contienda de 1939-45 se nos presenta esmaltada de capítulos que excitan la imaginación del más juicioso y ponderado de los historiadores. Cada día surgen nuevas revelaciones destinadas a esclarecer estos extraños sucesos, pero, en muchas ocasiones, lo único que consiguen es abrir nuevos frentes de investigación que acrecientan aún más la curiosidad y la intriga entre los apasionados por la Segunda Guerra Mundial.

Este libro pretende ser una aproximación a esos temas que, seis décadas después de terminado el conflicto, aún permanecen envueltos en sombras. En estas páginas he intentado ofrecer un estudio honesto y riguroso sobre los hechos que todavía desafían a los investigadores. Pero este enfoque requiere escapar a las múltiples tentaciones que se ofrecen a la hora de escribir un libro de estas características.

A nadie se le escapa el hecho de que, a lo largo de los años, muchos han aprovechado el terreno abonado de la Segunda Guerra Mundial para especular con historias de dudosa procedencia, basados parcialmente en historias verídicas en la mejor de las ocasiones, que subvierten claramente

la realidad de los acontecimientos. Así pues, han ido surgiendo una serie de supuestos misterios cuyo único objetivo parece ser poner a prueba la credulidad y, en ocasiones, la paciencia del lector.

Es habitual encontrar el último testimonio que descubre a Hitler en la Patagonia, o una descripción meticulosa de los supuestos platillos volantes nazis, todo ello mezclado con estudios poco rigurosos sobre la vertiente ocultista y mágica del Tercer Reich y todo tipo de teorías conspirativas, dando como resultado un concepto devaluado de lo que entendemos por «misterios de la Segunda Guerra Mundial».

Pero no es necesario acudir a estas historias fantásticas para verse atrapado por los enigmas de aquella conflagración que han quedado sin resolver. La historia de la Segunda Guerra Mundial es lo suficientemente sugestiva como para capturar la atención y la curiosidad del lector, sin necesidad de recurrir a esas calenturientas elucubraciones. Por lo tanto, en esta obra simplemente se presentan los hechos tomando la versión más ajustada a la realidad, cuando es el caso, o simplemente admitiendo la falta de información disponible para poder esclarecer el asunto en cuestión.

Sin embargo, teniendo en cuenta el innegable atractivo con el que cuentan ese tipo de historias que han alimentado la imaginación de los lectores durante décadas, he optado por dedicar el último capítulo del libro a algunos de esos relatos fantásticos, los que presentan en su origen algún atisbo de realidad histórica comprobable.

Por lo tanto, aquí presento esta obra que pretende dejar constancia de un hecho que a muchos puede sorprender; la existencia de numerosos puntos oscuros en la historia del conflicto de 1939-45. A pesar de todo lo que se ha escrito y divulgado sobre la Segunda Guerra Mundial, la respuesta a muchas preguntas sigue guardada bajo el sello de alto secreto de las potencias vencedoras en la guerra. No sabemos los motivos de esta falta de transparencia y sería aventurado decir que todos ellos son inconfesables, pero la realidad es que, cuanto más avanzamos en el estudio de la aquella contienda, más misterios se aparecen ante nuestros sorprendidos ojos.



Si el lector espera encontrar respuestas en este libro, siento decepcionarle de entrada, pero al finalizar su lectura no sólo no habrá resuelto ninguna de sus dudas, sino que probablemente se hallará con muchas más en su cabeza de las que tenía antes de afrontarlo. Aquí no se esclarecerán los enigmas de la guerra –esa sería una pretensión propia de algún iluminado– sino que se plantearán nuevos y variados interrogantes.

A los que sentimos pasión por todo lo que rodea a la Segunda Guerra Mundial a menudo nos preguntan por los motivos que nos mueven a conocer cada vez con mayor profundidad todos los aspectos que conforman aquel conflicto. He de confesar que aún no he podido elaborar una respuesta lo suficientemente convincente, pero es posible que la cuestión tenga algo que ver con estos misterios que aún hoy permanecen sin resolver.

Por mucho que caminemos adelante en la investigación de estos arcanos, siempre vemos cómo la línea del horizonte se aleja a la misma velocidad. Pero la imposibilidad de llegar a él nos permite, en nuestro camino, ir descubriendo nuevas regiones ignotas que estimularán siempre nuestra imaginación y las ansias de conocimiento.

Nunca lograremos alcanzar la comprensión absoluta de todo lo que ocurrió durante aquellos seis años de sangre y fuego, pero el convencimiento de que siempre nos quedarán por conocer nuevos episodios que nos emocionarán, nos sorprenderán o nos intrigarán, hace que la Segunda Guerra Mundial sea ya para siempre una inagotable fuente de enigmas y misterios.

Barcelona, noviembre de 2005.

## CAPÍTULO II

# Espías enigmáticos

*Los estudios sobre la Segunda Guerra Mundial se centran, como no podía ser de otro modo, en el desarrollo de las campañas militares, las batallas, las decisiones políticas, el armamento... Sin embargo, las aportaciones de los servicios de inteligencia quedan siempre en un segundo plano, como si se tratase de un compendio de anécdotas en las que se dan cita todos los tópicos de las historias de espionaje.*

*La realidad es que el conflicto de 1939-45 pudo haber tenido un desenlace muy diferente si no hubiera sido por la extraordinaria contribución de los espías que servían en el bando Aliado. Gracias a ellos, norteamericanos y británicos pudieron contar con la inestimable ventaja que les proporcionaba conocer las claves secretas empleadas por alemanes y japoneses en sus comunicaciones.*

*Por su parte, el estrepitoso fracaso de los servicios de espionaje del Eje facilitó claramente la victoria aliada. Aunque sería muy aventurado deducir que Alemania hubiera podido ganar la guerra si sus espías hubieran estado más afortunados, lo que está claro es que operaciones tan cruciales como el desembarco de Normandía seguramente no habrían tenido éxito de no ser por la aportación de los servicios secretos aliados.*

*En este capítulo conoceremos a algunos de los espías más enigmáticos de la guerra. Aunque sus aportaciones fueron muy desiguales, representan a todos aquellos que, demostrando una audacia sin reservas, contribuyeron a la defensa de la causa que defendían.*

## **LA GATA, UNA ATRACTIVA AGENTE DOBLE**

Uno de los casos de espionaje más enigmáticos de los ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial es el protagonizado por la francesa Mathilde Carré, conocida con el sobrenombre de *La Gata*.

La singularidad del caso es que esta espía prestó grandes servicios a su país, pero tras una sola noche cambió de bando y sirvió con el mismo entusiasmo a la causa alemana. Gracias a las confesiones personales que volcaba en su diario personal y las actas del juicio al que sería sometida en 1949, es posible reconstruir su historia.

La joven Mathilde, aunque era de origen francés, vivía en un pequeño pueblo del sur de Argelia. Allí llevaba una vida monótona y aburrida junto a su marido, un oficial del ejército francés, con el que se había casado recientemente.

Al estallar la guerra, Mathilde vio la oportunidad de irse a vivir a París, aprovechando que en ese momento se requerían enfermeras en la capital. Se despidió de su marido, que moriría más tarde en el campo de batalla, y abandonó Argelia. Cuando llegó a la Ciudad de la Luz se quedó maravillada por los monumentos, las gentes, los cafés... Todo era muy diferente de lo que había visto en su humilde aldea norteafricana.

Durante la imparable ofensiva alemana sobre territorio francés, Mathilde fue un ejemplo de abnegación y sacrificio en el cuidado de los soldados heridos. Al ser derrotado su país, pasó a la zona no ocupada y siguió atendiendo a los que necesitaban de su ayuda.

Uno de estos pacientes era un polaco llamado Roman Czerniawski, un apellido que ella no podía pronunciar, por lo que optó por llamarle simplemente Armand. El polaco había sido capturado por los alemanes pero había conseguido evadirse. Ella le ayudó a recuperarse de sus heridas y nació entre ellos una gran amistad; él la bautizó como «mi gata», por su mirada felina y quién sabe si por su astucia, apodo con el que a partir de entonces sería conocida.

Armand se sinceró con ella y le expuso su proyecto de crear una red de espionaje para combatir a los alemanes, que unos meses antes habían aplastado

su país. Mathilde aceptó entusiasmada colaborar en ese plan. Su labor consistía en poner en contacto a todos los que pasaban a formar parte de ese grupo de la Resistencia, de un lado y otro de la línea de ocupación en la que Francia estaba dividida.

Teniendo en cuenta que casi todos los miembros eran simples aficionados, la incorporación más importante fue la del teniente coronel Marcel Achard, un auténtico experto en el mundo del espionaje y que tenía como principal cometido permanecer en contacto con los británicos.

Esa red, al principio, alcanzó unos éxitos extraordinarios y pasó a tener un nombre oficial: *Interallié*. Se recibieron envíos de material porcedente de Gran Bretaña lanzados en paracaídas, se proporcionó ayuda a prisioneros evadidos o se consiguió información muy valiosa procedente de locuaces soldados alemanes, entre otras acciones de enorme mérito.

Mathilde jugó un papel importantísimo en esta red. Su especialidad era obtener información de los oficiales alemanes. En esos momentos, a finales de 1940, la principal preocupación de los Aliados era saber si los alemanes estaban dispuestos a entrar en España, amenazando así a Gibraltar, la «llave del Mediterráneo».

*La Gata* fue enviada al sur de Francia para averiguar si la entrada de la *Wehrmacht* en la península Ibérica era inminente. El método que empleaba era siempre el mismo; se solía sentar sola en alguno de los cafés frecuentados por los oficiales alemanes y esperaba que alguno de ellos iniciase una conversación. La charla intrascendente continuaba después en un restaurante, regada con abundante champán. A partir de ahí, para Mathilde era un juego de niños extraer toda la información que deseaba.



*La Gata fue una destacada agente de la Resistencia pero, inexplicablemente, pasó a colaborar con los nazis. En la imagen, tropas germanas desfilando por París.*

Sus misiones en Biarritz y Bayona confirmaron a los Aliados que había un buen número de oficiales de intendencia destacados en la región, lo que hacía temer una invasión. Pero la ejecución del plan fue aplazada en varias ocasiones, lo que era confirmado por las observaciones de Mathilde, que advertía cómo sus *amigos* alemanes pertenecientes al cuerpo de Intendencia eran enviados a otros puntos de Europa.

Por su parte, los centros de inteligencia británicos a donde llegaban estas valiosas informaciones conocían a la perfección la estructura de la red, así como todos sus miembros. Durante este período el grupo continuó coordinando lanzamientos en paracaídas de armas para la Resistencia y entregas de suministros mediante desembarcos en ciertos puntos de la costa vasca. *Interallié* ayudó a pasar clandestinamente a muchas personas a España y Suiza, sobre todo a pilotos aliados derribados en territorio europeo, y ocultó prisioneros evadidos de los campos alemanes.

Pero aquella arriesgada actividad iba a acabar pronto. Los alemanes estaban dispuestos a desarticular ese grupo que le estaba provocando tantos quebraderos de cabeza. Los agentes nazis siguieron a una de las integrantes de la red sin que ella se diese cuenta. Se trataba de Violette, el nombre en clave de una joven que había sido reclutada por Mathilde y Armand para que les ayudara a realizar labores secundarias.

*La Gata* tuvo el presentimiento de que Violette podía causarles algún problema, y así se lo confesó a Armand, pero el polaco atribuyó la advertencia de su amante a una cuestión de celos, puesto que la joven novata era bastante atractiva.

Sin tomar en consideración el aviso de Mathilde, a Violette se le encargó conseguir algunas informaciones poco relevantes, como eran el destino y la composición de un regimiento alemán concreto.

Para ello empleó la misma táctica que su compañera; deambuló por los alrededores de la Gare du Nord parisina hasta que un oficial germano se dirigió a ella para mantener una conversación agradable. Tras un intercambio de saludos y unos minutos de charla se dirigieron a un café. Violette

no se dio cuenta de que un hombre les seguía en todo momento ni de que continuó siguiéndola cuando se separaron.

Al día siguiente la joven volvió a verse con el oficial alemán y, en esta ocasión, era otro hombre el encargado de seguirla sin perderle el rastro. Los agentes fueron relevándose mientras que Violette era vista en días sucesivos con Armand y *La Gata*. La red estaba quedando al descubierto.

Fue gracias a este seguimiento realizado a Violette que el servicio de contraespionaje alemán descubrió el cuartel general de *Interallié*; estaba a punto de amanecer el día 18 de noviembre de 1941 cuando Armand y Violette fueron detenidos en el apartamento que hacía las funciones de centro neurálgico de la organización clandestina. Unas horas más tarde, *La Gata* era también capturada.

Trasladada a una prisión militar, Mathilde no se hacía ilusiones sobre su futuro; estaba convencida de que iba a ser torturada hasta morir. Por eso le sorprendió que en su celda entrase un sargento alemán correcto y educado, hablándole en francés. De fondo se oía música de Mozart. Estuvo un rato conversando relajadamente con ella, hablándole de los encantos de París y de Argel, una ciudad que había visitado antes de la guerra, hasta que le dijo: «Este lugar es poco confortable, ¿no prefiere que vayamos a otro lugar? ».

Antes de que Mathilde respondiese a la insólita propuesta, el alemán se había marchado. Pasados unos minutos, unos soldados vinieron a buscarla. Fue pasando por pasillos y puertas hasta que llegaron al exterior del edificio. La joven se temía lo peor, pensaba que iba a ser fusilada, pero allí estaba aquel atento oficial, dentro de un coche. Con la misma cortesía que había exhibido antes, la invitó a sentarse en el asiento trasero y le indicó que no debía correr las cortinillas.

Una vez dentro del automóvil, el alemán lo puso en marcha y tomaron el camino de París. Atravesaron la ciudad y continuaron hacia las afueras, hasta llegar a una refinada mansión que hacía las veces de cuartel general de los servicios de contraespionaje. No sabemos lo que allí ocurrió, aunque quizás se pueda intuir, pero la realidad es que el sargento, que se llamaba

Hugo Bleicher, consiguió mediante la persuasión lo que seguramente ningún torturador hubiera arrancado a *La Gata*: los nombres y el paradero de todos los miembros de la red de espionaje que ella había ayudado a formar.

Lo que sucedió aquella noche es un misterio, puesto que Mathilde no lo deja reflejado en su diario. El juez que la interrogó durante el juicio intentó averiguarlo, pero se encontró siempre con la negativa de la espía. Mathilde se limitaba a preguntar al juez «si se podía poner su lugar» y cuando éste insistía, ella permanecía en silencio. Tan sólo reveló que el sargento le dijo: «Si es usted razonable, mañana por la mañana será libre».

Así pues, Mathilde decidió ser «razonable» y se puso a las órdenes de Bleicher. A partir de ahí, los miembros de *Interallié* fueron cayendo en cascada gracias a la colaboración de Mathilde. El sistema para detenerlos era repetido una y otra vez; Mathilde aparecía en las casas en las que se ocultaban sus compañeros, acompañada de Bleicher vestido de paisano. Ella tranquilizaba a sus amigos, asegurándoles que la persona que iba con él también pertenecía al grupo. Al cabo de un rato, cuando los agentes germanos llamaban a la puerta, *La Gata* iba a abrir, permitiéndoles la entrada y desapareciendo de la escena. Inmediatamente eran detenidos todos los que se encontraban en la casa.

Este procedimiento se realizó con tal perfección que, en menos de ocho horas, la práctica totalidad de los miembros de la red se encontraba en poder de los alemanes. Esta rapidez fue la causante de que no trascendiese el sorprendente cambio de bando de *La Gata*, así que pudo seguir en contacto con otros miembros de la Resistencia sin despertar sospechas.

Pero en esta historia de traición hay un punto oscuro. El único que escapó a esta redada generalizada fue el gran experto del grupo, el coronel Achard. Inexplicablemente, *La Gata* no reveló el lugar en donde se ocultaba este miembro, pese a que el coronel aseguró durante el juicio que ella conocía perfectamente su escondite. Los alemanes la presionaron para que facilitase su detención, pero Mathilde no movió un dedo para que los nazis capturasen a Achard. Este es un misterio más a añadir a la azarosa vida de esta agente.

*La Gata* desarrolló durante los dos meses siguientes una inquietante doble vida. Por el día organizaba los grupos de resistentes y animaba a sus miembros a combatir a los alemanes, convirtiéndose en una valerosa camarada. Pero por la noche se dirigía a la residencia de Bleicher y le relataba con todo detalle los planes que el grupo había tramado. Un día explicó al oficial alemán que la gran preocupación de la Resistencia era reestablecer las líneas de comunicación con Gran Bretaña.

El astuto Bleicher vio en este dato una gran oportunidad, así que decidió exprimir aún más las habilidades de *La Gata*. Aprovechando esa necesidad de la Resistencia, Mathilde propondría a sus compañeros volver a crear una red estable de comunicación con los británicos, ofreciéndose ella misma para ir a Londres y coordinar desde allí las acciones de los grupos de la Resistencia en territorio francés.

Viajar por mar a Gran Bretaña era en ese momento muy arriesgado, ya que los alemanes tenían vigilados todos los puntos de la costa desde los que era posible embarcar. Pero naturalmente para *La Gata* eso no suponía ningún problema, gracias a la colaboración de Bleicher. Éste dio las facilidades oportunas para que la joven se embarcase y consiguiera llegar a Inglaterra.

Una vez allí, se ofreció para ser la agente encargada de organizar la red de comunicación desde Londres. Los ingleses aceptaron y la instalaron en la capital británica. Mathilde realizó su labor en el Ministerio de la Guerra durante nueve meses, enviando puntualmente toda la información a Bleicher.



*Mathilde Carré durante el juicio al que fue sometida después de la guerra. Sería condenada a muerte, pero fue perdonada por el presidente de la República.*

Pero los equipos de contraespionaje ingleses fueron atando cabos y llegaron a la conclusión de que aquella atractiva joven francesa era una doble agente. La detuvieron en julio de 1942. Hasta el final de la guerra permanecería encarcelada.

En la celda de su prisión inglesa, *La Gata* escribió en su diario una página dirigida a sus antiguos camaradas de la Resistencia:

*«¿Cómo explicar todo lo que he tenido que soportar? Jamás podría hallar las palabras para expresar mi tristeza profunda, infinita, o para describir mis temores. Pero no estoy sola. Tampoco vosotros, aquellos que todavía seguís con vida, dormiréis esta noche; estaréis conmigo, Y en cuanto a vosotros, los que estáis muertos, viviréis conmigo, según nuestras propias leyes, en un mundo que yo he creado para mí».*

Realmente no se comprende muy bien cómo podía mantener esa lealtad de espíritu a unos compañeros a los que había traicionado de un modo tan indigno. Pero, tal como vemos, no es este el mayor de los misterios que jalona la vida de *La Gata*.

Una vez finalizada la contienda, Mathilde tuvo que enfrentarse a la realidad. Las nuevas autoridades francesas reclamaron a los británicos la entrega de la espía que permanecía allí encarcelada. Sería juzgada en territorio francés, en donde debería rendir cuentas por su colaboración con los alemanes.

En enero de 1949 un tribunal galo juzgó a Mathilde Carré, acusándola de alta traición. Aunque ya no era una mujer joven, su singular belleza impresionó a los presentes. Tenía el cabello castaño, los dientes muy blancos y su mirada era profunda y serena.

El fiscal tomó la palabra para denostar sin piedad la actitud de la acusada durante la guerra:

*«Durante dos meses practicó la más vil de las traiciones. Su malevolencia, su doblez, su perseverancia en el mal, su diario del que acabo de leer algunos extractos y que la describe tal como es —un cerebro sin corazón— son hechos que ustedes podrán juzgar en su totalidad. Y reconocerán que, en este asunto, hay una sola sanción posible: la muerte».*

Por tanto, el fiscal exigió para ella la pena capital, mientras que su abogado argumentaba en su defensa que Mathilde no tuvo opción, desde el momento en que fue detenida por los alemanes, si quería salvar su vida:

*«Admito su culpabilidad—declaró el abogado defensor—, pero es preciso tener en cuenta que esta mujer fue colocada en una situación en la que sólo le cabía elegir entre la vida y la muerte».*

Además, había que tener en cuenta que aquella joven había sido de las primeras en formar parte de las filas de la Resistencia, mientras que la mayoría de los franceses aceptaban la dominación alemana instalados en una resignación que se confundía en no pocas ocasiones con una cierta comodidad.

El abogado insistió en este punto, buscando la comprensión del Tribunal y del público presente en la sala:

*«Nadie puede olvidar que fue una heroína desde los primeros momentos de la Resistencia. ¿Condenaríais a muerte a aquellos que fueron los primeros en esparcir las semillas de la fe y que, más tarde, sobre valoraron sus propias fuerzas?»*

El propio Achard acudió a declarar en su favor. El militar aseguró ante el jurado:

*«Madame Carré prestó servicios notables al Ejército francés. Durante los años en los que trabajó para nosotros, descubrió varios planes de campaña del ejército alemán».*

Antes de que el juez se pronunciase sobre su inocencia o su culpabilidad, Mathilde perdió por un momento la compostura que había demostrado durante todo el proceso:

*«Espero el veredicto sin temor—dijo dirigiéndose al Tribunal—. Pero lo que no puedo olvidar es que, mientras a mí se me pide la pena de muerte, ¡Hugo Bleicher vive en libertad en Hamburgo!».*

Los atenuantes expuestos por el abogado y por Achard no consiguieron ablandar la determinación del juez, y Mathilde fue condenada a muerte.

La población de París, que siguió el juicio con enorme interés, pudo ver el 8 de enero de 1949, en los tablones de anuncios oficiales, el aviso de que Mathilde Carré había sido condenada a muerte por el XIV Tribunal de lo Criminal, siendo recibida esta sentencia con sentimientos encontrados; pese

a que ella había colaborado con los alemanes, no olvidaban que también había estado luchando contra ellos mientras la mayoría de los franceses aceptaba la ocupación.

Sin embargo, y afortunadamente para ella, el entonces presidente de la República Vincent Auriol sí se apiadó de *La Gata* y le conmutó la pena de muerte por la de cadena perpetua. Pero ni esta condena se cumpliría, ya que sería puesta en libertad en 1954, una decisión refrendada por el nuevo presidente, René Coty. Ese mismo año publicó sus memorias con el título: *Yo fui La Gata*<sup>1</sup>.

¿Cuál es la razón de que la justicia francesa se mostrase finalmente tan condescendiente con ella? La mayoría de los que colaboraron con los alemanes, especialmente las mujeres, fueron víctimas del escarnio público y de la dureza de los jueces. Sin embargo, el caso de *La Gata* fue una excepción. Nunca sabremos los motivos que llevaron a aquella admirable luchadora por la libertad a cambiar de un modo tan radical sus lealtades, ni la razón por la que recibió el indulto de manos del presidente francés.

Sin duda, aquella joven argelina, que soñaba con vivir una vida intensa lejos de aquella aldea en el desierto, alcanzó plenamente sus deseos de aventura, dejando para la posteridad una tupida trama de incógnitas y misterios que difícilmente el tiempo conseguirá desentrañar.

## **CICERÓN, ESPÍA AL MEJOR POSTOR**

Para los servicios de inteligencia germanos, la Operación Cicerón fue sin duda su éxito de mayor envergadura. Los continuos fracasos y sinsabores cosechados por los agentes nazis se vieron compensados, en cierto modo, por las satisfacciones que proporcionó esta operación.

Pese a la importancia de las revelaciones que supuso, fue un secreto muy bien guardado, que tan sólo salió a relucir tras las investigaciones

---

<sup>1</sup> La historia de su vida fue llevada al cine por el director francés Henri Decoin, con la actriz francesa Françoise Arnould como protagonista, en un film titulado *La Chatte sort ses griffes* (*La Gata afila sus uñas*, 1959).

realizadas durante los juicios de Nuremberg. Entre la abundante documentación estudiada por expertos aliados figuraba la correspondencia secreta entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y la embajada alemana en la capital turca, Ankara. En estas comunicaciones se hacía referencia continuamente a la Operación Cicerón, lo que puso tras la pista de esta tan apasionante como misteriosa historia.

Sin embargo, hay que tener muy presente que son innumerables las versiones que circulan sobre la realidad de estos hechos. El hermetismo que envolvió la actuación de ese espía parece que continúa mucho después de cuando tuvo lugar. Así pues, la historia presenta un sinfín de detalles que varían de una versión a otra.

Como ejemplo más que significativo, incluso el nombre del espía sufre cambios según la fuente consultada. Para unos se trataba de un tal Diello, para otros se llamaba simplemente Verasevitch. De todos modos, el nombre más probable de este enigmático personaje es el de Elyesa Bazna, o al menos es el más comúnmente aceptado.

El lugar de nacimiento es también punto de controversia. Unos creen que nació en la ciudad kosovar de Pristina, aunque hay quien opina que fue en Skoplje, la capital de Macedonia. Uno de los más repetidos como lugar de origen es alguna aldea indeterminada de Albania. En este debate, dependiendo de la fuente consultada, se dan curiosas combinaciones entre nombres y procedencia de este sujeto. Así que en este relato se aceptará como más probable el que lo sitúa en Albania, aunque no hay ninguna prueba concreta que sostenga este dato.

De todos modos, no será necesario esforzarse mucho para encontrar mayor variedad de nombres y lugares de nacimiento, así como nuevos detalles —a veces contradictorios— en los relatos. Pero poco importan detalles de este tipo cuando lo que verdaderamente ha de atraer nuestra atención son las andanzas de este atípico espía.

Los hechos se remontan a octubre de 1943, cuando un agregado comercial alemán en Ankara, que en realidad era el director de las operaciones del espionaje nazi en Turquía, recibió una misteriosa visita. Un hombre

calvo, con mirada hosca, gesto sombrío y sin ningún interés en despertar un mínimo de simpatía, se dirigió a este agente comercial con una extraña propuesta. Le dijo que poseía información valiosísima procedente de la embajada británica y que estaba dispuesto a dársela, pero no gratis precisamente. El precio era exagerado a todas luces: 5.000 libras esterlinas por cada uno de los documentos.

El agente nazi hizo además de señalarle la puerta para que se marchase, pensando que era un bromista o un estafador, pero recapacitó. Era poco probable que aquella propuesta fuera seria, pero sintió curiosidad por saber qué se traía aquel tipo entre manos. Entonces, el personaje en cuestión, al percibir las dudas que había provocado en su interlocutor, señaló en dirección de la vecina embajada rusa, asegurando que había otros que seguramente estarían dispuestos a pagar ese precio por los documentos. Dicho esto, le dio de plazo 48 horas para que lo consultase con el embajador alemán, Franz Von Papen, y tomase una decisión.

La oferta consistía en cuatro documentos secretos, a 5.000 libras cada uno, lo que hacía un total de 20.000 libras. Otras versiones aseguran que la oferta consistía en dos rollos fotográficos, a 10.000 libras cada uno, conteniendo un total de 52 documentos. De todos modos, si aceptaban se encontrarían en un parque para llevar a cabo el intercambio, pese a que esas otras versiones localizan el punto de encuentro en el patio trasero de la embajada alemana.

Aquel oscuro personaje trabajaba como mayordomo personal del embajador británico y lo único que deseaba era dinero, lo cual dejó claro desde un buen principio. Según llegó a confesar a sus interlocutores alemanes, le daba exactamente igual quién ganase la guerra. Lo único que quería era aprovechar la favorable posición en que le había colocado el azar para resolverse la vida en esos confusos días.

Por su parte, los alemanes valoraron los pros y los contras de la arriesgada propuesta del albanés. El precio por algo que no sabían exactamente qué era resultaba altísimo. Pero la curiosidad y la intuición pudieron más y el embajador germano en Turquía pidió urgentemente 20.000 libras esterlinas a Berlín. Al día siguiente llegaron los billetes por vía aérea.

Por la noche, a las diez, el agente comercial se encontró en el parque con Elyesa y éste le entregó una pequeña cajita a cambio del dinero. Rápidamente los alemanes se dispusieron a revelar los negativos que estaban dentro de la caja y se encontraron con una insospechada y descomunal sorpresa.

Las fotos valían realmente su peso en oro. Uno de los documentos fotografiados era ni más ni menos que ¡el listado completo de los espías británicos que se encontraban en Turquía!

Otra información era la carta en la que el embajador británico explicaba todos sus contactos con las autoridades locales. También figuraban datos de los envíos de armamento de los Estados Unidos a la Unión Soviética y además, resúmenes de los contactos y reuniones que mantenían los distintos países aliados entre ellos.

La euforia se disparó entre los alemanes, excitados por la gran transcendencia de las informaciones. Enviaron los documentos a Hitler y éste exigió que se explotase al máximo el filón que habían encontrado.

Para mantener la operación en secreto era necesario, antes que nada, cambiar el nombre al informador. El culto Von Papen, uno de los escasos nazis que poseía alguna inquietud cultural, fue el encargado de buscarle un nombre en clave. Como le aseguraron que sus documentos eran muy elocuentes, el embajador alemán buscó una referencia clásica en consonancia con esta característica. Así que su nuevo nombre sería *Cicerón*<sup>2</sup>.

Pero los alemanes consideraron que pese al alto valor de las informaciones, el albanés debía hacerles alguna *rebaja* en el precio, teniendo en

---

<sup>2</sup> Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) fue un célebre escritor, político y orador romano. De familia acomodada, recibió una esmerada educación. Viajó por Asia Menor, Rodas y Atenas. Alcanzó el consulado en el 63 a.C., pero fue depuesto y desterrado. Defendió, frente a Julio César, la legalidad republicana, pero fue perdonado por éste. Tras la muerte de César volvió a la política, aunque Octaviano provocó su definitiva caída en desgracia. Fueron famosos sus discursos, de los que se conservan medio centenar, además de fragmentos y títulos de otros muchos, pertenecientes a la oratoria forense, senatorial y judicial. El conocimiento de la elocuencia de estos discursos fue el que inspiró a Von Papen para *bautizar* a su espía.

cuenta que se habían convertido en clientes habituales. Tras mucho regatear, *Cicerón* fue bajando el precio, pero manteniéndolo siempre en unas cifras acordes con la relevancia que tenía esa documentación.

La importancia de la información aportada era innegable. Estaba claro que era auténtica. Sin embargo, surgieron voces entre los alemanes que advertían de que había alguna pieza que no encajaba; era extraño que resultase tan fácil obtener unos documentos de tamaño importancia. Así que surgió la duda de si todo aquello no era más un montaje del servicio secreto británico, que aportaba documentos auténticos para introducir más tarde alguna información falsa para engañar a los alemanes en alguna cuestión vital para el desarrollo de la contienda.

Pese a que estas dudas nunca quedaron completamente despejadas, hubo un hecho que confirmó la autenticidad del trabajo de *Cicerón*. Las fuerzas aéreas aliadas bombardearon la capital de Bulgaria, Sofía, el mismo día que figuraba en los papeles fotografiados por el espía turco. Era difícil pensar que los británicos iban a utilizar como cebo una operación tan importante como esa, así que los alemanes recuperaron la fe en *Cicerón*, que había sido puesta en entredicho.

Todos se preguntaban cómo aquel individuo era capaz de conseguir aquellos valiosísimos papeles sin que los ingleses sospechasen nada, pero *Cicerón* era hombre de pocas palabras y prefería no descubrir sus fuentes. Al final, el agente comercial alemán logró ganarse la confianza del albanés y éste accedió a contarle su método de trabajo.

*Cicerón* explicó que había trabajado antes en la embajada yugoslava como chófer, en donde estuvo siete años. Probó fortuna como cantante, pero fracasó. Más tarde entró al servicio de un agregado militar de los Estados Unidos y después consiguió trabajo en casa de un consejero de la embajada alemana.

Según algunos autores, Elyesa conoció casualmente al embajador británico y congeniaron por la gran afición a la música que ambos tenían, especialmente a la ópera. De hecho, *Cicerón* obsequiaba al inglés con interpretaciones de arias de óperas italianas, lo que hacía las delicias del embajador.

Para otros, el albanés respondió a un anuncio en la prensa en la que la embajada británica buscaba «un chófer para el primer secretario». Después dicen que estableció una relación muy estrecha con la niñera que cuidaba de los hijos del embajador y así consiguió llegar a ser su ayuda de cámara.

El albanés había sido ya antes mayordomo y tenía experiencia en servir al cuerpo diplomático, así que el británico aceptó gustosamente que trabajase para él. Un día, cuando *Cicerón* estaba limpiando los pantalones del embajador, encontró una pequeña llave en un bolsillo. Descubrió que se trataba de la llave del maletín en el que guardaba su documentación, así que rápidamente sacó una copia y la volvió a dejar en el pantalón.

Por la noche, el embajador dejaba el maletín al lado de su cama y se disponía a dormir. Como tenía grandes problemas para conciliar el sueño, tomaba potentes somníferos. El aprendiz de espía no tenía ninguna dificultad para entrar a hurtadillas en la habitación y apoderarse durante unos minutos de los papeles que el embajador guardaba en su maletín. Luego los llevaba a una habitación contigua en donde tenía una potente lámpara, colocaba debajo el papel y lo fotografiaba. Esa era la manera como el improvisado agente secreto trabajaba.

Las informaciones continuaron llegando a manos alemanas, pero comenzaron las sospechas por parte de los británicos. El ministro de Asuntos Exteriores turco, que era antinazi, advirtió al embajador de que era probable que hubiera algún espía infiltrado en la embajada. Naturalmente, al diplomático inglés ni se le pasó por la cabeza que su mayordomo fuera el responsable de esa fuga de información.



*Una de las escasas fotografías del misterioso espía Cicerón, tomada después de la guerra. Sus detalles biográficos son por completo desconocidos.*

Los ingleses decidieron entonces aumentar las medidas de seguridad del edificio. Para ello hicieron instalar una sofisticada alarma para detectar cualquier movimiento no autorizado en el interior de la embajada, pero cometieron un pequeño error; recurrieron precisamente a *Cicerón* para que ayudase a colocar los aparatos de detección. Como es de suponer, el albanés tomó buena nota de los trucos que había que emplear para evitar que saltasen las alarmas.

*Cicerón* continuó con su bien remunerado trabajo ante los atónitos ojos de los británicos, que no alcanzaban a adivinar el método de los alemanes para hacerse con los documentos. En marzo de 1944 *Cicerón* puso en manos de los alemanes unos papeles que eran quizás los más importantes que en ese momento podía conseguir. Era el plan de los Aliados para desembarcar en Europa. De esos documentos se desprendía la intención inminente de abrir el segundo frente, operación que tenía el nombre de Overlord.

Sin embargo, las autoridades alemanas no dieron la suficiente importancia a estos trascendentales datos y sólo se darían cuenta de su error tres meses más tarde, cuando el desembarco ya se había iniciado.

El motivo de esa falta de atención hacia los trascendentales datos que *Cicerón* ponía en manos alemanas se debía en gran parte a las rivalidades internas dentro del Tercer Reich. El Ministerio de Asuntos Exteriores se la tenía jurada a los altos responsables de los servicios secretos y viceversa. Por lo tanto, cuando alguien perteneciente a uno de esos dos ámbitos calificaba de valioso algún punto de la información proporcionada por *Cicerón*, el otro bando se encargaba de restarle credibilidad y de sabotear en la medida de sus posibilidades las acciones que se planeaba emprender.

El tiempo iba pasando y *Cicerón* seguía jugando con fuego. Aunque nadie sospechaba de él, la sensación de que estaba siendo vigilado era continua. Una noche, mientras viajaba en un automóvil acompañando al agregado comercial alemán, notó que otro coche les seguía. Intentaron despistarlo, pero resultaba imposible ante la gran pericia de su perseguidor. Al final el albanés optó por saltar del coche en marcha y ocultarse, sin

llegar a ser visto por el coche que les seguía. El círculo se iba cerrando y el culpable, más pronto o más tarde, iba a ser descubierto.

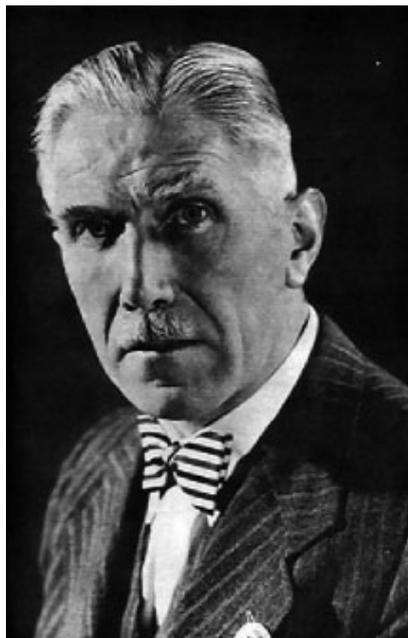
Al final, en abril de 1944, se descubrió por fin el juego de *Cicerón*. Pero no fueron los británicos los que acabaron con su labor de espionaje, sino una secretaria alemana antinazi que había sido introducida por los servicios secretos norteamericanos en la embajada germana. Fue ella la que avisó a los ingleses de que tenían al enemigo en el mismo despacho del embajador. *Cicerón* fue inmediatamente despedido, pero curiosamente se le dejó marchar sin provocarle demasiadas molestias.

Según otros autores, la secretaria no consiguió descubrir al albanés, sino que él mismo pidió un buen día el finiquito y se marchó de la embajada, al considerar que ya había tentado bastante a la suerte y ya era hora de disfrutar de su fortuna.

En cuanto al despedido embajador británico, parece ser que recibió una dura reprimenda pero, teniendo en cuenta que tan sólo le quedaban un par de años para llegar a la edad de jubilación, se le buscó una salida digna, pasando a un discreto retiro.

Es probable que los británicos no pusieran demasiado empeño en capturar al albanés que tanto daño les había hecho, para que no quedase constancia oficial de todo el embrollo y así el mundo no se enterase del gran ridículo que había cometido el contraespionaje aliado, incapaz de detectar ese imperdonable error en la cadena de información.

Para algunos, el singular espía marchó a Sudamérica con nombre falso, en



*El culto Franz Von Papen, embajador alemán en Turquía, escogió el nombre de Cicerón, el maestro de la elocuencia, para el enigmático Elyesa Bazna.*

donde viviría apaciblemente de las rentas que le producía el botín que había reunido. Sin embargo, en los años sesenta, Elyesa Bazna –o alguien que se hacía pasar por él– volvió a aparecer en escena, concediendo entrevistas y publicando unas memorias<sup>3</sup>.

El espía más famoso de la Segunda Guerra Mundial aseguró que tras su eficaz y bien remunerado trabajo abrió un negocio de compraventa de coches, aunque no funcionó como estaba previsto. Luego intentó retomar su frustrada carrera como cantante, pero tampoco tuvo éxito. Se corrió la voz de que era un estafador, tuvo problemas con personas a las que debía dinero y al final acabó malviviendo en un oscuro callejón de los barrios bajos de Estambul.

*Cicerón* relató que en 1954 se había dirigido al entonces canciller de la República Federal de Alemania, Konrad Adenauer, con la esperanza de recibir una indemnización por los servicios prestados como espía a favor del Reich, calculados por él mismo en unos dos millones de marcos de la época y que esperaba –según explicaba en la misiva– «que esa cantidad me fuera prontamente satisfecha». Naturalmente, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán no quería saber absolutamente nada del asunto y se desentendió de tan ingenua petición.

Finalmente, *Cicerón* logró enderezar su agitada vida gracias al relato de sus aventuras. No le faltó audiencia a la hora de explicar cómo llegó a ser el espía mejor pagado de toda la Historia. En esos días aseguró que, en contraposición con los fondos recibidos de manos alemanas, las cantidades que recibió a cambio de los libros y las entrevistas «fue el dinero que he ganado de forma más honrada a lo largo de toda mi vida».

Pero en esta historia de engaños y mentiras nadie está a salvo. Si alguien puede pensar que a los alemanes les supuso un gran esfuerzo económico hacerse con la información de *Cicerón*, se equivoca.

---

<sup>3</sup> La historia de *Cicerón* ya era conocida por el gran público gracias a una película, *Five Fingers (Operación Cicerón)*, dirigida por Joseph Mankiewicz en 1953. El papel del controvertido espía correspondió al actor británico James Mason. Curiosamente, Mason había interpretado con anterioridad el personaje del mariscal Rommel en el film *The Desert Fox (El Zorro del Desierto)*, 1951), así como en su posterior secuela *The Desert Rats (Las Ratas del Desierto)*, 1953).

Es bastante probable que los billetes con los que retribuyeron al espía albanés fueran falsos. Algunos aseguran que el primer pago se efectuó con billetes auténticos, mientras que los siguientes ya fueron mediante papel moneda falsificado.

Los nazis fabricaron grandes cantidades de libras esterlinas de una calidad excelente, las cuales eran entregadas a sus agentes en el extranjero para que con ellas pagasen a los espías locales y de este modo fueran puestas en circulación, con el objetivo de causar un grave daño a la economía británica<sup>4</sup>.

Si realmente fue así, el misterioso espía albanés que engañó a los británicos fue a su vez engañado por los alemanes.

## **SORGE, EL SALVADOR DE MOSCÚ**

El debate sobre quién fue el mejor espía durante la Segunda Guerra Mundial tiene difícil conclusión. Fueron muchos los agentes que mostraron una capacidad innata para obtener información del enemigo, por lo que sería complicado establecer un *ranking* de este tipo.

No obstante, existe un baremo que podría dilucidar ese disputado título; la medida en la que fueron determinantes para el desarrollo de la contienda. Es posible que *Cicerón* haya sido el más famoso, pero si analizamos los méritos de los espías desde ese punto de vista, seguramente llegaremos a la conclusión de que Richard Sorge merece ostentar este honor.

Sorge, hijo de madre rusa y de padre alemán, acabaría proporcionando a los soviéticos importantes informaciones desde Japón, como la que garantizaba que los nipones no atacarían a la URSS. Esto posibilitó el envío masivo de tropas desde Extremo Oriente a Moscú, logrando rechazar el ataque alemán que se estaba produciendo a las mismas puertas de la capital. Es arriesgado lanzar alguna hipótesis sobre lo que hubiera

---

<sup>4</sup> Se trataba de la Operación Bernhard, por la que Himmler pretendía arrojar toneladas de billetes falsos sobre Gran Bretaña para hundir su economía. Para una descripción detallada de este plan, ver el Capítulo 2 de *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial*.

currido de no llegar esos ingentes refuerzos, pero no cabe duda de que la posibilidad de que los alemanes hubieran tomado Moscú habría sido mucho más probable, con lo que la Segunda Guerra Mundial podría haber tomado un rumbo muy distinto.

La vida de Richard Sorge está envuelta en el misterio. Aunque se ha escrito mucho sobre él, muchos datos de su biografía son enormemente controvertidos. De hecho, al igual que en el caso de *Cicerón*, nadie se pone de acuerdo ni siquiera sobre el lugar en donde nació.

Sorge vino al mundo el 4 de octubre de 1895 en algún lugar del Cáucaso; se cree que fue en Bakú, aunque quizás fuera en una aldea cercana llamada Adjekend. Su padre, Wilhelm, era ingeniero de minas al servicio de una compañía alemana que estaba realizando trabajos de prospección en los campos petrolíferos de Bakú. Parece ser que el pequeño Richard fue el benjamín de nueve hermanos, aunque esto nunca ha podido saberse de cierto.

Vivió en territorio de lo que más tarde sería la Unión Soviética tan sólo sus dos primeros años de vida. La familia se trasladó a Berlín, al barrio residencial de Liechterfeld. Aunque creció plenamente integrado en la sociedad germana, el pequeño Richard se sentía muy cercano a la cultura y carácter ruso por influencia de su madre, que acostumbraba a relatarle cuentos e historias populares de su país.

Muy aplicado en sus estudios, Sorge sacó buenas notas en el bachillerato. Se alistó voluntario para luchar en las filas germanas durante la Primera Guerra Mundial, combatiendo en las campañas de Flandes, contra británicos y franceses, y de la región polaca de Galitzia, contra los rusos. Resultó herido en una pierna, lo que le causó una cojera que arrastraría toda su vida. El valor demostrado en el campo de batalla le fue recompensado con la Cruz de Hierro de segunda clase.

El estallido de la revolución en Rusia en 1917 le llevó a abrazar el comunismo, una decisión a la que no fue ajeno el hecho de descubrir que su abuelo paterno, Friedrich Albert Sorge, fallecido en 1903 en Nueva York, había sido secretario personal de Karl Marx.

Acabada la guerra, Sorge se doctoró en Ciencias Políticas por la Universidad de Hamburgo y comenzó a trabajar en la organización del Partido Comunista. En 1921 se enamoró de la mujer de un profesor suyo, con la que se casaría después de que ésta consiguiese el divorcio. En 1924 viajó a la Unión Soviética para descubrir sobre el terreno los logros de la Revolución. Durante su estancia en tierras rusas, fue tanteado por las autoridades soviéticas para convertirse en agente secreto. Sorge aceptó sin dudar.

En Moscú ya hizo gala de las cualidades y los defectos que le acompañarían a lo largo de su vida como agente. Pese a que su aspecto no era muy agradable, debido a su descuidada forma de vestir y a su concepto relajado de la higiene personal, a lo que había que sumar su afición por el juego y la bebida, despertaba una irresistible atracción entre las mujeres, que él solía corresponder. Además, era un auténtico genio en el terreno de la simulación. Sorge era capaz de interpretar el personaje que requería una circunstancia concreta y de mantener el engaño aunque estuviera totalmente borracho.

La desordenada vida de Sorge acabó con la paciencia de su mujer, cansada de sus continuas infidelidades. Con el permiso de las autoridades soviéticas, que no pusieron impedimentos, ella pudo regresar a Berlín. De ahí marcharía a Nueva York. Nunca más volverían a verse.



*Gracias a las revelaciones de Richard Sorge, Moscú pudo ser defendida in extremis del ataque alemán gracias a la llegada de las tropas destinadas a guardar la frontera con Japón.*

El nuevo agente fue puesto a prueba con varias misiones. Su periplo en busca de informaciones de interés para los soviéticos le llevó por Dinamarca, Suecia, Noruega, Alemania y Gran Bretaña. En 1929 se le encargó la primera misión importante; debía introducirse en China, un país con el que la Unión Soviética había roto las relaciones diplomáticas.

Para ello viajó a Hamburgo con pasaporte alemán, en donde se ofreció como periodista para una revista agrícola y otra de sociología. Desde allí se embarcó rumbo a Shanghai. Llegó a China el 10 de enero de 1930 con sus credenciales de periodista y no tardó en integrarse en la ciudad.

China le estimuló el interés por la cultura oriental, lo que le hizo aprender el idioma y las costumbres locales. Su objetivo, además de obtener información sobre el potencial militar chino, era reactivar el Partido Comunista y restablecer la red de espionaje que había funcionado hasta el cierre de los consulados soviéticos. En China residiría durante tres años.

Cuando desde Moscú se consideró que la meta había sido alcanzada, le ordenaron regresar a Alemania, en donde creían que podía desempeñar otra misión de gran relevancia. Una vez allí, logró infiltrarse en el Partido Nazi, que lo admitió como un militante más sin que se descubriese su pasado comunista.

Su audacia le permitió llegar hasta el teniente coronel Eugen Ott, que era agregado militar en Tokio y que se encontraba en esos momentos en Berlín. Gracias a su conocimiento de Oriente, encontró una base en la que sustentar una relación de amistad con el militar germano, que también se sentía atraído por esa milenaria cultura. Mientras tanto, Sorge se mantenía en contacto con Moscú, informando puntualmente de todos sus movimientos.

En julio de 1933, coincidiendo con el ascenso a general de Ott y su nombramiento como embajador alemán en Tokio, Sorge consiguió que el periódico *Frankfurter Zeitung* lo aceptase como corresponsal en la capital nipona. Cuando ambos se encontraron de nuevo en Japón, su amistad se estrechó aún más.

A lo largo de la década de los treinta, gracias al trabajo de Sorge, Moscú estuvo informada al detalle de las relaciones entre Japón y Alemania. En el verano de 1936, el espía aseguró que era inminente la firma de un pacto entre ambas naciones para frenar la expansión del comunismo, como así fue.

Del mismo modo, Sorge advirtió que el conflicto entre Japón y China, que había estallado el 7 de julio de 1937, sería largo y duro, pese a que los expertos soviéticos creían que sería breve. No se equivocó, puesto que no acabaría hasta 1945.

Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, las aportaciones de Sorge serían determinantes. Pero hubieran podido serlo mucho más si Stalin hubiera hecho caso de sus indicaciones. Se asegura que el dictador soviético nunca acabó de confiar en Sorge, puesto que archivaba sus valiosos mensajes en una carpeta titulada «Informaciones dudosas y peligrosas».

Sea por el motivo que fuera Stalin no tomó en consideración un informe fechado el 12 de mayo de 1941, en el que aseguraba que Hitler lanzaría entre 170 y 190 divisiones contra la Unión Soviética el 20 de junio, aunque el ataque podía producirse uno o dos días más tarde. Tampoco se equivocó en este caso, puesto que la Operación Barbarroja se inició el 22 de junio.



*Las fuerzas alemanas se retiran de los alrededores de Moscú. La llegada de tropas de refresco salvó a la capital rusa; la intervención de Sorge había resultado providencial.*